

Al pasar por delante de una vendedora de flores, al pie de la calle de Nuestra Señora de Loreto, había tenido la idea de comprar para su esposa un hermoso y grueso ramillete de rosas apenas abiertas y de pimpollos, y con él en la mano escalaba los pisos de su nueva morada, mirándose complacido en aquellos grandes espejos que le recordaban la primera vez que entró en la casa.

Duroy habíase olvidado de tomar la llave y tuvo que sonar al timbre. Al momento le abrió la puerta el doméstico de otras veces pues por consejo de Magdalena le había conservado á su servicio.

— ¿ Ha entrado la señora? preguntó.

— Sí, señor.

El joven atravesó el comedor y quedó sorprendido de ver tres cubiertos sobre la mesa, y como la cortina del salón estaba levantada, vió á Magdalena que colocaba sobre un florero de la chimenea un manojo de rosas idéntico completamente al suyo.

Duroy experimentó un sentimiento de contrariedad, como si se le hubiese robado su idea, su atención y todo el placer que se prometía.

— ¿ Has invitado á alguien á comer? dijo al entrar.

Ella respondió sin volverse y concluyendo de arreglar sus flores :

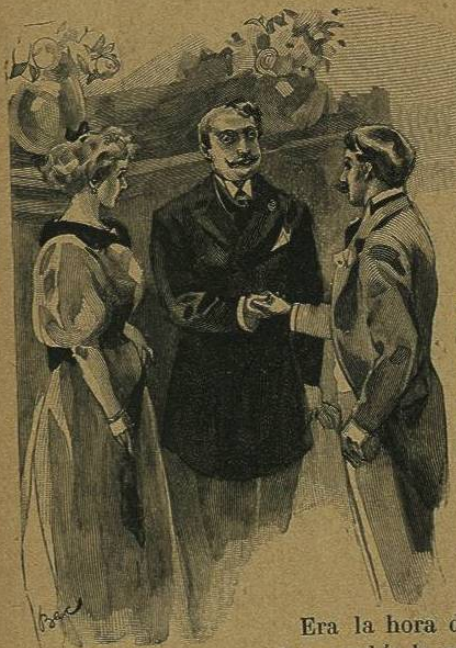
— Sí y no. Es mi antiguo amigo el conde de Vaudrec que tiene la costumbre de comer aquí todos los lunes y que viene como otras veces.

— ¡ Ah ! muy bien, murmuró Jorge.

Siempre con su ramillete en la mano Duroy seguía de pie, detrás de ella, con deseo de ocultarle, de tirarle Sin embargo la dijo :

— Toma, te traigo rosas.

## II



Hacia dos días que los Duroy estaban de regreso en París y el periodista había vuelto á sus antiguas funciones en tanto que dejando los ecos se hacía definitivamente cargo del trabajo de Forestier y se consagraba enteramente á la política.

Era la hora de entrar á comer. Jorge subía la escalera de su casa, la antigua casa de su predecesor, con el corazón alegre y con deseo vivísimo de besar á su mujer cuyos encantos físicos é insensible dominación le subyugaban dulcemente.



Magdalena se volvió hacia él de pronto, toda sonriente y gritó :

— ¡ Ah! qué amable has sido de pensar en esto.

Y le tendió los brazos presentándole los labios con un transporte de placer tan sincero que se sintió consolado.

Magdalena tomó las flores, las aspiró y con una viveza de niña encantada las colocó en el florero que estaba vacío enfrente del primero. Luego murmuró después de contemplar el efecto :

— ¡ Qué contenta estoy! Aquí tienes mi chimenea bien surtida ahora.

Casi inmediatamente y como quien está segura de ello agregó :

— ¿ Tú sabes? Vaudrec es persona encantadora. En seguida te harás íntimo de él.

El timbre anunció la llegada del conde, el cual entró tranquilamente, sin el menor reparo, como en su casa. Después de besar galantemente los dedos de la joven, se volvió hacia el marido y tendiéndole cordialmente la mano le saludó :

— ¿ Va bien, mi querido Du Roy?

No tenía aquel aire tieso y afectado de tiempos atrás, sino un aire afable que revelaba bien que la situación no era la misma.

El periodista quedó sorprendido y cuidó de mostrarse simpático para responder á los avances del conde. Cinco minutos después se hubiera creído que se conocían y se adoraban desde diez años antes.

Magdalena entonces les dijo radiante de alegría :

— Los dejo á Vds. juntos. Tengo necesidad de echar una vista por mi cocina.

Y se alejó seguida por la mirada de los dos hombres.

Cuando volvió los encontró hablando de teatro á propósito de una obra nueva, y tan completamente de acuerdo estaban, que en sus ojos se anunciaba una amistad sincera y rápida á juzgar por aquella paridad absoluta de ideas.

La comida resultó encantadora, íntima y cordial y el conde permaneció hasta muy tarde, tan agradablemente se sentía en aquella casa, entre aquel lindo y reciente matrimonio.

Cuando se marchó, le dijo Magdalena á su marido :

— ¿ No es verdad que es un hombre correctísimo? Gana el ciento por ciento con dejarse conocer. He aquí un buen amigo, constante, afectuoso, fiel. ¡ Oh! sin él.....

Magdalena no concluyó el pensamiento y Jorge respondió :

— En efecto, le encuentro muy agradable. Creo que nos entenderemos muy bien.

Ella mudó de conversación inmediatamente :

— ¡ Ah! ¿ no sabes? Esta noche vamos á trabajar antes de acostarnos. Como en seguida llegó Vaudrec no he tenido tiempo de hablarte de esto antes de comer. Me han traído esta misma tarde noticias graves, noticias de Marruecos. Laroche Mathieu, el diputado y futuro ministro, es quien me las ha dado, y es necesario que hagamos un gran artículo, un artículo de sensación. Tengo datos y cifras. Vamos á ponernos á trabajar inmediatamente. Toma el quinqué.

Duroy lo tomó y entraron en el gabinete de trabajo.

En la biblioteca estaban siempre alineados los mismos libros y además se veían ahora sobre la cubierta del mueble los tres vasos comprados por Forestier en el golfo Juan la víspera de su muerte.



El afelpado que el muerto usaba para tener calientes los pies esperaba los de Duroy, quien, así que se sentó echó mano del portaplumas de marfil, por cierto un poco roído en el extremo libre por los dientes del otro.

Magdalena se apoyó en la chimenea y, después de encender un cigarrillo, refirió las noticias que tenía, expuso sus ideas y el plan del artículo que meditaba.

Duroy escuchaba con atención en tanto que garabateaba notas y, una vez que ella concluyó, presentó algunas objeciones, se hizo de nuevo cargo de la cuestión y la agrandó, desarrollando á su vez no un plan de artículo sino un plan de campaña contra el ministerio. Aquel ataque sería el comienzo. Su mujer había cesado de fumar, tanto se despertaba su interés con todo aquello, tan dilatado horizonte veía siguiendo el pensamiento de Jorge, y de cuando en cuando murmuraba :

— Sí... sí... Eso es... Excelente, magnífico.

Así que él acabó de hablar, le dijo .

— Ahora escribamos.

Pero Jorge tenía siempre el comienzo difícil y buscaba penosamente las frases. Ella se acercó entonces á él despacito é inclinándose sobre su hombro empezó á soplarle al oído sus frases en voz muy baja.

— ¿ Es eso lo que quieres decir? le preguntaba de cuando en cuando.

— Sí, eso perfectamente.

Magdalena tenía rasgos mortificantes, frases venenosas de mujer para herir al presidente del Consejo, y barajaba las burlas que se le ocurrían respecto á la cara del presidente con las que se referían á su política, presentándola de un modo original que hacía reír é

interesaba al mismo tiempo por la exactitud de la observación.

Duroy agregaba alguna vez unas cuantas líneas que hacían más profundo y enérgico el alcance del ataque. Conocía además el arte de la reticencia páfida que había aprendido aguzando los ecos, y cuando un hecho presentado por Magdalena como cierto le parecía dudoso ó arriesgado, Jorge resultaba excelente en lo de dejarle adivinar, imponiéndole al espíritu con mayor fuerza que si lo hubiese afirmado.

Terminado que fué el trabajo, Jorge lo leyó en voz alta, declamándole. Ambos lo juzgaron de común acuerdo admirable y sonreían encantados y sorprendidos como si acabaran de revelarse el uno al otro. Se miraban al fondo de los ojos, emocionados de recíproca admiración y ternura y se besaron con transporte, con un ardor amoroso comunicado de sus espíritus á sus cuerpos.

Duroy volvió á tomar el quinqué y con mirada de fuego dijo :

— Ahora vámonos á dormir.

— Pase Vd., mi señor, respondió ella, puesto que es Vd. quien alumbra la ruta.

Duroy pasó delante y ella le siguió hasta la alcoba haciéndole cosquillas en el cuello con la punta del dedo para hacerle marchar más de prisa, pues era muy sensible á aquella caricia.

El artículo apareció con la firma Jorge Du Roy de Cantel y produjo gran ruido. En la Cámara causó verdadera emoción, y el viejo Walter felicitó á su autor encomendándole desde luego la redacción política de *La Vida Francesa*.

Los ecos volvieron otra vez á Boisrenard. Entonces



comenzó en el periódico una campaña hábil y violenta



contra el ministerio. El ataque siempre diestro y refor-

zado con hechos, tan pronto irónico como serio, chistoso unas veces, virulento otras, hería con una certeza y una continuidad de la que todo el mundo se extrañaba. Los demás periódicos citaban sin cesar á *La Vida Francesa* y cortaban pasajes enteros, y los hombres del poder se informaron de si con una prefectura ó gobierno de departamento no sería posible amordazar á aquel enemigo desconocido y encarnizado.

Du Roy adquiría celebridad en los grupos políticos y sentía agrandarse su influencia de un modo visible, en los apretones de manos de que era objeto y en la manera con que se le saludaba con el sombrero. Por otra parte, su mujer le llenaba de estupor y de admiración con la ingeniosidad de su *esprit*, la habilidad de sus informaciones y el número de sus amistades.

En cualquier momento que volviera á su casa se encontraba en el salón un diputado, un magistrado, un general, que trataban á Magdalena como á antigua amiga y con una familiaridad seria. ¿Dónde había conocido á todas aquellas gentes? En sociedad, decía ella. ¿Pero cómo había sabido captarse su confianza y afección? No se lo explicaba.

— ¡Qué gran diplomática haría! pensaba.

Magdalena entraba con frecuencia tarde á la hora de las comidas, sofocada, roja, temblorosa y antes de desembarazarse del velo decía :

— Hoy vengo contrariada. Figúrate que el ministro de Justicia acaba de nombrar dos magistrados que han formado parte de las comisiones. Vamos á largarle una paliza de la que se acuerde siempre.

Y se arremetía contra el ministro y al día siguiente se le propinaba una segunda acometida y una tercera al otro. El diputado Laroche Mathieu que comía todos



los martes, después del conde de Vaudrec que iniciaba la semana, estrechaba vigorosamente las manos de la mujer y del marido con demostraciones exageradas de satisfacción. Y no cesaba de repetir :

— ¡ Cielos ! ¡ qué campaña ! si después de esto no triunfamos...

Esperaba en efecto que lograría descolgar la cartera de Negocios Extranjeros á la que venía dirigiendo la puntería desde hacía mucho tiempo.

Era uno de esos hombres políticos acomodaticios, sin convicciones, sin grandes medios, sin la audacia necesaria y sin conocimientos serios, abogado de provincia, un jefe magnífico para capital, que sabía mantener equilibrios de perillán entre todos los partidos extremos, especie de jesuita republicano y de hongo liberal de género dudoso, como brotan por centenas en el estercolero del sufragio universal.

Su maquiavelismo de aldea le hacía pasar por hombre importante entre sus colegas, entre todos los irradiados de las clases y todos los frustrados que constituyen la masa anónima de representantes del país. En cambio era hombre cuidadoso de su persona, y en su trato lo bastante correcto, comunicativo y amable para triunfar. Obtenía éxitos en el mundo elegante y en esa sociedad entreverada, turbia y poco fina de los altos funcionarios del momento.

Por todas partes se oía : « Laroche será ministro » y lo pensaba más firmemente que todos los demás que Laroche sería ministro.

Era uno de los principales accionistas del periódico del viejo Walter, su colega y asociado en muchos negocios de bolsa.

Duroy le sostenía confiado y con esperanzas confusas

para más tarde, si bien en esto no hacía otra cosa que continuar la obra comenzada por Forestier, á quien Laroche-Mathieu había prometido la cruz de la Legión de Honor para el día en que triunfase. La condecoración luciría en el pecho del nuevo marido de Magdalena, eso era todo. En suma nada había cambiado.

Y tan se sentía que nada había cambiado que los compañeros de redacción de Duroy habían dado en la costumbre, que comenzaba á molestar á Jorge, de llamarle Forestier.

Inmediatamente que llegaba al periódico, alguno de sus compañeros solía decirle :

— Oye, Forestier.

Éste simulaba no oirlo y buscaba en su buzón de cartas la correspondencia que se le dirigía á la redacción. La voz se repetía entonces con mayor fuerza :

— ¡ Eh ! ¡ Forestier ! y entre los que se hallaban presentes circulaban risas que se pugnaba por contener.

Y si Duroy se dirigía hacia el despacho del director, el que le había llamado antes le detenía :

— Dispensa, chico, es á ti á quien quiero hablar. Es verdaderamente estúpido, pero siempre te confundo con ese pobre Carlos. Eso viene de que tus artículos se parecen de un modo singular á los suyos. Todo el mundo se equivoca en eso.

Duroy no respondía nada, pero interiormente rabiaba y en él nacía contra el muerto una cólera sorda.

El mismo Walter había declarado, contestando á la extrañeza que despertaban aquellas flagrantes semejanzas de inspiración y de estilo entre las crónicas del antiguo y del nuevo redactor político :

— Sí, hay mucho del Forestier, pero de un Forestier más nutrido, más nervioso, más viril.



Otra vez, al abrir Duroy por casualidad el armario en que estaban los boliches, encontró los de su predecesor con un crespón alrededor del mango, y el suyo, aquel de que se servía cuando se ejercitaba bajo la dirección de Saint-Potín, estaba adornado con una cinta de seda de color rosa. Todos estaban colocados sobre la misma tabla de mayor á menor, y en un cartel parecido al de los museos decía :

« Antigua colección Forestier y C<sup>ia</sup>, Forestier-Du Roy sucesor, privilegiado S. G. D. G.<sup>1</sup>. Artículos de la mayor duración que pueden servir en toda circunstancia, hasta en viaje. »

Jorge cerró el armario con calma y, en voz alta para que le oyeran, dijo :

— En todas partes hay imbéciles y envidiosos.

Pero resultaba de todos modos lastimado en su orgullo, herido en su vanidad, esa vanidad y ese orgullo de escritor que producen una susceptibilidad nerviosa siempre alerta é igual en el repórter que en el poeta genial.

Aquella palabra *Forestier* desgarraba su oído, tenía miedo de oírla pronunciar, y al oírla se sentía ruborizado.

Aquel nombre era para él una burla sangrienta y más que burla un insulto que le gritaba :

« Es tu mujer quien hace tu trabajo como hacía el del otro. Sin ella no serías nada. »

Duroy admitía perfectamente que Forestier no hubiese llegado á nada sin Magdalena, pero en cuanto á él, ¡ vamos!

1. Estas iniciales corresponden á las palabras siguientes : Sin garantía del Gobierno. (N. del T.)

Y entraba en su casa con la obsesión continua de aquello. La casa entera le recordaba al muerto, todo el mobiliario, los juguetes, todo cuanto tocaba. Apenas si pensaba en esto en los primeros tiempos, pero la broma de sus compañeros había abierto en su espíritu una especie de llaga que ahora se envenenaba, merced á un sinnúmero de pequeñeces en que hasta entonces no se había fijado.

No podía tomar un objeto sin que la mano de Carlos se le representase inmediatamente colocada encima. No miraba ni manejaba sino cosas que habían servido á Forestier, compradas por él, amadas y poseídas. Y Jorge comenzaba á irritarse hasta con el pensamiento de las antiguas relaciones de su amigo y de su mujer.

Alguna vez se extrañaba de aquella sublevación de su espíritu, que no acertaba á explicarse, y se preguntaba : « ¿Cómo diablos es esto? Yo no tengo celos de los amigos de Magdalena, jamás me inquieto de lo que hace, entra y sale cuando le parece, y en cambio el recuerdo de ese bruto de Carlos me exaspera. »

Y mentalmente se decía :

« En el fondo era un estúpido y sin duda es eso lo que me lastima. Me incomoda que Magdalena haya podido casarse con un bruto semejante. » ¿Cómo ha podido ocurrir, se repetía sin cesar, el que esta mujer haya tragado, un solo instante, á un animal parecido?

Su rencor aumentaba de día en día á causa de mil detalles insignificantes que le picaban como alfilerazos, trayéndole el recuerdo incesante del otro una simple palabra de Magdalena, ó del doméstico, ó de la doncella.

Un día, Du Roy, á quien gustaban mucho los platos azucarados, preguntó :



— ¿Cómo es que nunca tenemos entremeses en la comida? Jamás haces que nos sirvan esos platos.

— Tienes razón, respondió su mujer alegremente, nunca pienso en ello. Y es que como Carlos los tenía horror...

Jorge la interrumpió en un arranque de impaciencia que no pudo contener:

— ¿Sabes que Carlos comienza á fastidiarme? Siempre oigo Carlos por aquí, Carlos por allá, á Carlos le gustaba esto, á Carlos le gustaba lo otro. Puesto que Carlos ha reventado lo mejor es dejarle tranquilo.

Magdalena miraba con estupor á su marido sin comprender nada de aquella cólera repentina, pero como era fina y discreta adivinó algo de lo que pasaba en él, y vió el trabajo lento de los ojos póstumos, agrandados de segundo en segundo por todo aquello que podía recordar al otro.

Tal vez ella lo encontró pueril, pero como la Esonjeaba no replicó nada á su marido.

Duroy se echó luego en cara interiormente aquella irritación que no había podido disimular.

Cuando aquella misma noche, después de comer, se ocupaban los dos en hacer un artículo para el día siguiente, Jorge, á quien molestaba el afelpado que había bajo la mesa, le arrojó de allí de un puntapié viendo que no lograba darle la vuelta.



— ¿Es que Carlos tenía siempre frío en las patas? preguntó riendo.

— ¡Oh! respondió ella, riendo también, vivía aterrado con los catarros. No tenía el pecho muy sólido.

— En efecto, repuso Duroy con ferocidad. Luego lo ha demostrado. Aunque felizmente para mí, añadió con galantería.

Y besó la mano de su mujer.

Pero al acostarse, frecuentado siempre por el mismo pensamiento, todavía:

— ¿Es que Carlos usaba gorros de algodón para evitar las corrientes de aire en los oídos?

Su mujer se prestó á la broma y respondió:

— No, un madrás anudado en la frente.

Jorge se encogió de hombros y, con un desprecio de hombre superior, dijo:

— ¡Qué tonto!

Carlos fué desde entonces para él objeto de continuo pasatiempo. Hablaba del muerto con motivo de todo, no llamándole sino « Este pobre Carlos » con aire de piedad infinita.

Y cuando venía del periódico, donde se había oído llamar dos ó tres veces Forestier, se vengaba persiguiendo al muerto con rencorosas burlas hasta el fondo de su tumba. Recordaba sus defectos, sus ridiculeces, sus pequeñeces, las enumeraba y aumentaba como si hubiese querido combatir en el corazón de su mujer la influencia de un rival temible.

— Dime, Lena, repetía. ¿Te acuerdas de aquel día en que el bolonio de Forestier pretendió demostrarnos que los hombres gordos eran más vigorosos que los flacos?

Luego quiso saber sobre el difunto un montón de detalles íntimos y secretos que la joven, molestada con



todo aquello, se negaba á decir. Pero insistía, se obstinaba en saberlo.

— Vamos, dime, cuéntame eso. Debía ser un hombre bien original en el momento de...

— Pero, Jorge, déjale tranquilo de una vez, murmuraba ella.

— No, dímelo, insistía. ¿No es cierto que debía ser lerdo en la cama ese animal?

Y siempre concluía por decir:

— ¡Qué bruto era!

Una noche, á fines de junio, mientras fumaba un cigarrillo al balcón, hacía un calor tan grande que le entró gana de dar un paseo en coche.

— Dime, Lena ¿quieres que vayamos hasta el bosque?

— Ciertamente que quiero.

Era una noche sin viento, una de esas noches de estufa en que el aire sobrecalentado de París entra en el pecho como si fuera vapor de horno, y los Du Roy tomaron un coche descubierto, ganaron los Campos Eliseos y después la avenida del Bosque de Bolonia.

Un ejército de coches conducía bajo los árboles á todo un pueblo de enamorados, y, uno detrás de otro, aquella fila de coches no terminaba nunca.

Jorge y Magdalena se divertían mirando todas aquellas parejas enlazadas que pasaban en aquellos coches, la mujer vestida de claro y el hombre de oscuro. Aquello era un inmenso río de amantes que corría hacia el Bosque bajo un cielo estrellado y ardiente. No se oía otro ruido que el sordo rodar de los carruajes. Los dos seres de cada uno de los coches pasaban, pasaban reclinados sobre los cojines, sin decirse una palabra, estrechados uno contra otro, perdidos en la alucinación del deseo, estremeciéndose de placer ante la perspec-

tiva del próximo abrazo. La sombra cálida de la noche parecía llena de besos. Una sensación de ternura flotante de amor bestial desparramado, hacía más pesado y sofocante el aire. Todas aquellas gentes apareadas, embriagadas por el mismo pensamiento y con igual ardor, transmitían á cuanto les rodeaba una fiebre de deseo; aquellos carruajes cargados de amor, sobre los cuales parecían revolotear las caricias, arrojaban á su paso una especie de aliento sensual, sutil, excitante.

Jorge y Magdalena mismos se sintieron dominados por aquel contagio de ternura y, sin decirse una palabra, se tomaron dulcemente la mano, oprimidos algún tanto por la pesadez de aquella atmósfera y por la emoción que les invadía.

Una vez que llegaron al recodo que sigue á las fortificaciones, se besaron y Magdalena balbuceó un poco confusa:

— Somos tan chiquillos como cuando íbamos á Ruán.

La enorme corriente de carruajes se había separado á la entrada de los sotos, y en el camino de los Lagos, que era el que los jóvenes seguían, los coches se espaciaban un poco; pero la noche espesa de los árboles, el aire vivificado por las hojas y por la humedad de los arroyuelos, cuya leve y mansa corriente se percibía bajo las ramas, una especie de frescura del ancho espacio nocturno enteramente adornado de astros, daban á los besos de las parejas un encanto más penetrante y una sombra más misteriosa.

— Oh, mi pequeña Lena, murmuró Jorge estrechándola contra sí.

— ¿Te acuerdas, le dijo ella, del bosque de tu casa? ¡qué siniestro era todo aquello! Me parecía que estaba



lleno de animales horriblos y que no tenía fin, mientras que este bosque es encantador, se sienten las caricias del viento, y sé bien que al otro lado se encuentra Sèvres.

— ¡ Oh! respondió Jorge, en el de mi casa sólo hay ciervos y jabalíes, zorros y corzos, y sembradas aquí ó allá alguna que otra casa destinada al *forestier* ó guarda-bosque<sup>1</sup>.

Aquel nombre, el mismo nombre del muerto, que habían pronunciado sus labios, le sorprendió como si alguien le hubiese gritado desde el fondo de aquellas espesuras, y se calló bruscamente, sobrecogido de nuevo por aquel extraño y persistente malestar, por aquella irritación celosa, roedora, invencible, que le agriaba la vida desde algún tiempo.

Al cabo de un minuto preguntó :

— ¿ Has venido aquí alguna vez como ahora, por la noche, con Carlos?

— Ciertamente que sí, respondió ella; con alguna frecuencia.

De pronto sintió Jorge deseos de volverse á casa, un deseo nervioso que le oprimía el corazón. Pero la imagen de Forestier había de nuevo entrado en su espíritu, le poseía, le abrazaba. Ya no podía pensar en otra cosa que en él.

Con un acento de perfidia le preguntó á su mujer :

— ¡ Díme, Lena.

— ¿ Qué, amigo mío?

— ¿ No le has hecho cornudo á ese pobre Carlos?

1. Hemos respetado la palabra francesa *forestier*, cuyo significado castellano en este caso es guarda-bosque, á fin de que el lector pueda hacerse cargo de lo que se dice después. (N. del T.)

Ella murmuró desdeñosa :

— ¡ Qué tonto y qué machacón te pones!

Pero él no dejaba su idea.

— Vamos, mi pequeña Lena, sé franca, confíesamelo. ¿ Le has hecho cornudo, dí? Confiesa que le has hecho cornudo.

Magdalena se callaba, ofendida, como les pasa á todas mujeres, con aquella palabra.

— ¡ Pardiez! insistió Jorge, si en el mundo hay quien tenga cara de serlo, era él, seguramente. ¡ Oh! cómo me divertiría saber que Forestier era cornudo. ¿ Eh? ¡ qué soberbia caricatura de memo!

Duroy observó que ella sonreía, tal vez por algún recuerdo que la asaltaba, é insistió de nuevo :

— Vamos, dímelo. ¿ Qué importa eso? Por el contrario, sería una cosa graciosa declarármelo á mí, á mí nada más, que le habías hecho cornudo.

Y en efecto, la esperanza, el deseo de saber que Carlos, el odioso Carlos, el muerto detestado y execrado, hubiese llevado aquel vergonzoso ridículo sobre su frente, le estremecía. No obstante... otra emoción más confusa agujoneaba su deseo de saber.

— Lena, mi querida Lena, repetía Jorge; te lo ruego, dímelo. Ahí tienes uno que no tendría razón á quejarse, y tú habrías sido verdaderamente tonta de no ponérselos. Vamos, Lena, confiesa.

Magdalena encontraba, sin duda, divertida aquella insistencia, pues de cuando en cuando reía con risitas breves y entrecortadas.

Jorge acercó los labios al oído de su mujer :

— Vamos, Lena, confíesamelo.

Ella entonces se alejó con un movimiento seco :



— Pero cuidado que eres estúpido. ¿Es que se contesta á preguntas semejantes?

Y esto se lo dijo tan bruscamente y con un tono tan singular que Jorge se quedó cohibido, asustado, algún tanto oprimido como si acabara de recibir una conmoción moral.

El coche bordeaba en aquel momento el gran lago, que parecía como si el cielo hubiese desgranado en él sus estrellas. Dos cisnes errantes nadaban muy despacio y visibles apenas entre la sombra.

— ¡ Vuélvase, cochero ! gritó Jorge al auriga.

El carruaje dió la vuelta cruzándose con los otros coches que marchaban al paso, ostentando sus gruesas linternas que brillaban lo mismo que ojos en la noche del bosque.

¿De qué modo tan extraño había dicho aquello su mujer ! ¿Es una confesión ? se preguntaba Du Roy. Y aquella casi certidumbre de que Magdalena había traicionado á su primer marido le enloquecía de cólera en aquel instante. Sentía deseo de maltratarla, de estrangularla, de arrancarle el pelo.

¡ Oh ! si ella le hubiese respondido : « Pero, querido mío, si alguna vez hubiese pensado en engañarle, sería por tí por quien lo hubiera hecho... » ¡ cómo la habría besado, abrazado, adorado !

Jorge permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el cielo, sin poder todavía reflexionar á causa de la demasiada agitación de su espíritu. Solamente sentía fermentar en él ese rencor y esa cólera que se incuban en el corazón de los machos ante los caprichos del deseo femenino. Por primera vez sentía la angustia confusa del esposo que sospecha. Estaba, en fin, celoso, celoso del muerto, celoso por cuenta de Forestier, celoso de un

modo punzante y extraño en el que súbitamente entraba el odio contra Magdalena. ¿ Puesto que había engañado al otro podría él tener confianza en ella ?

Poco á poco se fué haciendo en su espíritu una especie de calma, y Jorge se rebeló contra aquel sufrimiento : « Todas las mujeres son unas ramerás, pensó ; es preciso utilizarlas y no cederlas nada de uno. »

La amargura le subía del corazón á los labios en palabras de desprecio y de asco, pero no las dejaba escaparse. « El mundo es de los fuertes, hay que ser fuerte y serlo por encima de todo, » se repetía.

El carruaje caminaba más de prisa y cuando hubo repasado las fortificaciones, Duroy contempló delante de sí la rojiza claridad del cielo, parecida á una llama de enorme fragua, y oyó un rumor confuso inmenso, continuo, tormado por ruidos innumerables y diferentes, un rumor sordo, próximo y á la vez lejano, una vaga y enorme palpitación de vida, el soplo de París que respiraba en aquella noche de estío como un coloso rendido de fatiga.

No sería yo poco tonto de tragar bilis, pensaba Jorge. Cada uno para sí. La victoria es de los audaces. En suma, todo no es más que egoísmo y el egoísmo por la ambición y por la fortuna vale mucho más que el egoísmo por la mujer y el amor.

El Arco de triunfo de la Estrella aparecía de pie á la entrada de la ciudad sobre sus dos piernas monstruosas, á manera de informe gigante presto á ponerse en marcha para descender la ancha avenida abierta ante su paso.

Jorge y Magdalena se encontraban ya en el desfile de carruajes que conducían á la casa, al codiciado lecho de la eterna unión sensual, enlazada y silenciosa. Parecía



que la humanidad entera se deslizaba junto á ellos embriagada de alegría, de placer, de dicha.

La joven, que había presentado algo de lo que pasaba en su marido, le preguntó con voz amable :

— ¿En qué piensas, amigo mío? Hace media hora que no has pronunciado una palabra.

— Pienso, respondió con risa forzada Jorge, en todos estos imbéciles que se besan, y me digo que realmente hay en la vida otra cosa que hacer que no eso.

— En efecto... murmuró ella, pero es bueno algunas veces.

— Es bueno... es bueno... cuando no hay nada mejor.

El pensamiento de Jorge se encaminaba siempre á desnudar á la vida de su vestido de poesía, en una especie de rabia perversa. « Bien tontosería yo, se dijo, de incomodarme y privarme de nada, de amargarme y roerme el alma como lo he venido haciendo desde algún tiempo », y la imagen de Forestier atravesó su espíritu sin producirle la menor irritación. Le pareció que acababan de reconciliarse, que volvían á ser amigos y tuvo ganas de gritar :

— Buenas noches, querido.

Magdalena, á quien tenía un tanto alarmada aquel silencio, dijo á Duroy :

— Si fuésemos á tomar un helado á casa de Tortoni antes de entrar...

Jorge la miró con el rabillo del ojo, y su fino y rubio perfil se le apareció entonces bajo los vivos resplandores de una guirnalda de gas que anunciaba un Café-concierto. « Realmente es bonita, dijo para sus adentros. Tanto mejor : á buen gato buena rata, amiga mía. Pero en lo tocante á atormentarme por ti, el Polo Norte parecerá caliente comparado conmigo. » Y después respondió :

— Con mucho gusto, querida mía; y para que ella no adivinara nada la besó.

Á la joven le pareció que los labios de su marido estaban helados.

Sin embargo, Jorge sonrió como siempre al darle la mano para que bajase del carruaje delante de las gradas del Café.

